

La política económica después del cinco

Gerardo Aceituno

El 4 de octubre -vispera del plebiscito- se envió a la Junta de Gobierno un primer borrador del Presupuesto de la Nación para el año 1989. En su oportunidad, el hecho pasó desapercibido por el singular acontecimiento político del día siguiente. Tampoco se consideró en su debida dimensión el sostenido crecimiento de los medios de pago, que desde comienzos de año empezó a exceder las necesidades corrientes de los negocios.

A pesar de la leve disminución del crédito interno para compensar el creciente volumen de las operaciones de cambio, la cantidad de dinero ha mostrado hasta la fecha un ritmo ascendente por razones que pudieran estar asociadas a la permisividad de las autoridades monetarias. Si se repara más atentamente en el presupuesto de Ingresos y gastos públicos, se podrá razonablemente afirmar que representa una continuidad con las tendencias de más largo plazo de disminución del rol económico del Estado. La optimista tasa de inflación que supone para 1989 garantiza una disminución real del gasto. A la vez, el conservador precio del cobre que admite, asegura un aumento del ingreso.

En síntesis, al día del plebiscito, se configuraba una política económica caracterizada por una expansión monetaria y una restricción fiscal. Combinación ideal para impulsar las decisiones de inversión del sector privado en el marco de una importante holgura externa. En efecto, el sector público se contrae y -a juzgar por el discurso oficial- amplía el espacio de la gestión privada apoyada también por las bajas tasas de interés que acompaña al relajamiento monetario.

El supuesto político central era el triunfo del sí en el plebiscito, que la convicción del gobierno transformó virtualmente en un hecho al momento de formular sus principales decisiones de política económica. La victoria del no, por el contrario, ha transformado la mezcla de expansión monetaria y restricción fiscal de virtuosa en perversa.

Otra expresión prevista

En el nuevo escenario político es natural y legítima una cierta atonía de las decisiones de inversión. La cual obedece a la postergación de ciertas inversiones cuyas rentabilidades resultan dudosas, y que durará el tiempo que demoren en formularse y llevarse a la práctica otros proyectos de inversión que resulten atractivos en el curso democrático por iniciarse.

Entonces, si a la restricción fiscal se le suma la contracción temporal de la inversión privada, la economía se queda sin dos locomotoras que sostengan el ritmo de actividad. A menos que se confíe excesivamente en el crecimiento de las exportaciones no cupríferas, se configuraría un escenario de disminución de la producción y el empleo. La expansión monetaria agudizaría la situación por los fenómenos especulativos a los cuales induciría. Todo lo cual no conviene a los propósitos electorales de fines de 1989.

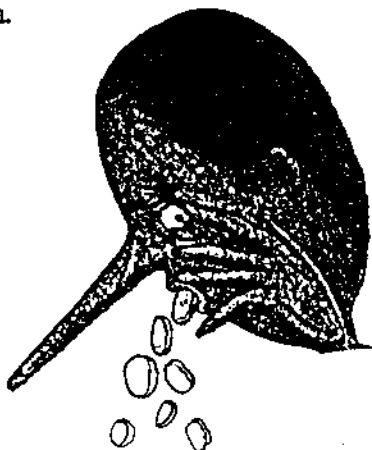
Así como el cambio del gabinete ha constituido una expresión obligada de la derrota de las autoridades, de igual manera la desactivación de las actuales características de la política

económica será otra expresión del mismo fenómeno.

Hacia fines de octubre se empezó a reconocer los riesgos inherentes a la expansión monetaria. Se puede prever que la formulación definitiva del Presupuesto de la Nación también admita los riesgos de la contracción fiscal, y termine siendo más reactivador que en su versión inicial.

Desafío importante

Con mayor frecuencia se está advirtiendo de la posible reaparición de las presiones inflacionarias. Se ha señalado el mes de octubre como fecha del cambio de signo en las tendencias de los precios, cuyo ritmo empezaría a aumentar después del prolongado descenso iniciado a fines de 1987. De hecho, ello ha sido el detonante de la renovada preocupación en la evolución reciente de la cantidad de dinero. Más allá de la influencia de la presión de la demanda sobre el nivel de los precios, resulta evidente que la tasa de inflación fue políticamente administrada en los meses previos al plebiscito: disminución del IVA, caída en los precios de insumos de uso difundido controlados por el sector público, et-



cétera.

Sin embargo, el hecho más notable es el deterioro de los precios relativos entre el campo y la ciudad: los precios de los productos agropecuarios al mayoreo han caído, en un año, en 20% respecto del índice de precios al consumidor (lo que ha permitido una importante disminución en su componente de alimentos). Es improbable que dicha tendencia prosiga. Es más, en julio recién pasado se inició una tendencia a la recuperación de los precios agropecuarios que fue ágilmente controlada por las autoridades.

La inflación representará un importante desafío en el año que se inicia. Frente a la cual existen holguras y restricciones. Entre las primeras, se encuentra el hecho de que es actualmente baja y puede permitirse, sin mayores problemas una cifra entre el 12 y el 17% para 1989. Asimismo, la recuperación de las remuneraciones reales medias -de 11% al tercer trimestre del año- posibilita reimplantar cierto control salarial, pero no al punto en que exacerbe las tensiones y focalice en demasía la atención sobre el Plan Laboral, lo que constituye una importante restricción.

La lección principal

En síntesis, la política económica durante 1989 se moverá entre el plebiscito y la elección. Lo que disciplina las conductas e induce a comportamientos responsables por parte de las autoridades, empresarios, trabajadores y el conjunto de la sociedad.

La principal lección que arrojó el plebiscito, es que el triunfo de la oposición no implicó caos. Los que propagaron el terror económico se han apresurado a encontrar justificaciones. Y, probablemente, seinejantes a las que utilizarán después del triunfo de las posiciones democráticas en las próximas elecciones. (X)

Socialismo y nacionalizaciones

(De la *Carta a los franceses*, de François Mitterrand, marzo de 1988)

Ustedes conocen la disputa entre el "todo Estado" y el "menos Estado". Alejémonos de los excesos de lenguaje habituales en este tipo de controversias. Hubo períodos en que había que luchar contra el "todo Estado" invasor, enemigo de las diferencias, ignorante del alma de las cosas y las personas. Hay también períodos -como el actual- en que conviene desconfiar del "menos Estado" que se desliza rápidamente al "nada de Estado", pretexto para negocios que no soportan la luz del día e invitación a la *razzia* sobre el patrimonio nacional [...]

Encontrarán tal vez contradictorio el doble enfoque que nos llevó en 1981 a ampliar el campo del sector público a través de nacionalizaciones mientras, a través de la descentralización, hemos multiplicado los contrapoderes destinados a controlar al propio poder público. Los invito más bien a ver en ello coherencia. Esta provenía a la vez de la idea que es normal transferir a la nación empresas que no vivían sino del Estado o que no producían sino bienes necesarios a la nación, y de la idea que extender el poder del Estado debía compensarse a través de nuevas instituciones. Por ello no sólo hicimos diversificar el poder político entre el Estado y las colectividades locales, sino también intentamos ofrecer a las empresas interlocutores a este nivel, capaces de decidir con ellas, de organizar entre ellas una estrategia económica. De todos modos, las nacionalizaciones fueron un éxito económico y financiero. Se salvaron aquellas grandes empresas que habían sido desfinanciadas por sus propietarios o que, por falta de proyecto, algunos se aprestaban a vender a multinacionales extranjeras. Su valor de mercado se dobló, triplicó en cinco años, lo que ha ampliamente demostrado su precio de venta a la hora de las privatizaciones. Sirvieron para remodelar los sectores en crisis y constituyeron la punta de lanza que nos hacía falta. Sigo echando de menos que no se haya creado en ese entonces, a partir de capitales públicos, un poderoso sector de máquinas-herramientas, cuya ausencia se hace hoy sentir cruelmente en nuestra economía. Pero, dado que los franceses con su voto de 1986 prefirieron otra dirección, dejemos que se calmen las agitaciones que el vaivén nacionalizaciones-privatizaciones no prolongaría sin costos. Cuando anuncié mi candidatura por televisión, dije que si era elegido cesaría este ballet. No aconsejaré, en efecto, al futuro gobierno, si tuviera la tentación, de hacer más complejo el problema. El plazo que nos separa del gran mercado europeo es muy breve como para tomar el riesgo de trastocar de nuevo el paisaje económico. Otros calendarios, de otra gravedad, requieren la movilización de las energías francesas. Es tiempo que la Bolsa vuelva a ser el lugar en donde se invierte el ahorro para crear y construir, y que cese de triunfar una economía de especulación corta de vista.

Extracto y traducción de Gonzalo D. Martner.

DEFINITIVO

"Último cómputo Comando del No (02:00 horas, 06/10/88).

Total 4.793.986: sí 42,18%; no 57,82%"

La Epoca, 6 de octubre de 1988, Santiago de Chile.